

Discurso de aceptación

21 de septiembre de 2021

John Moore, galardonado en la categoría de Economía, Finanzas y Gestión de Empresas (XIII edición)

Es un enorme honor para mí recibir el Premio Fronteras del Conocimiento de la Fundación BBVA. Gracias. Mi vínculo con España y los economistas españoles se remonta a cuando inicié mi formación en economía como estudiante de máster en la London School of Economics. En el máster que cursé en la LSE había más españoles, entre ellos algunos vascos, que británicos. Empecé aquel máster de casualidad. A los veintitantos años trabajaba de supervisor en el sector de la telefonía escocesa cuando mi hermano mayor, David –que por desgracia murió muy joven–, estaba terminando sus estudios de doctorado en Física en Stanford, California. Siempre admiré a David (medía más de dos metros, por lo que tenía que subirme a una silla para mirarlo de frente). La rivalidad entre hermanos se disparó cuando le ofrecieron un puesto de profesor en la Universidad de Oxford. Mi exiguo currículum solo contenía la licenciatura en Matemáticas que había obtenido unos años antes. Así que, para gran consternación de mis padres (pensaban que debía aferrarme a mi puesto seguro en la telefonía), corrí a ponerme al día académicamente matriculándome en un curso de postgrado en Pensamiento Político en la LSE. Enseguida se hizo evidente que el pensamiento político y yo teníamos poco en común, y me quedé tirado en la LSE sin la menor idea de qué estudiar. Me sugirieron la econometría –parecía una buena opción para alguien que ha estudiado matemáticas–, pero es que con la econometría tenía todavía menos en común que con el pensamiento político (para bochorno mío, pensaba que la econometría era solo invertir matrices). ¿A dónde ir? Un máster en economía me llamó la atención: concretamente, el mal llamado Máster en Economía Matemática; debería haberse llamado Máster en Teoría Económica. La dificultad de las matemáticas, que va desde un nivel modesto, de secundaria (lo habitual) hasta uno muy elevado (rara vez), depende enteramente de los requisitos del modelo teórico de cada cual; nadie debería estudiar economía matemática por sí sola.

El problema era que no tenía absolutamente ninguna formación previa en economía. Un profesor recién nombrado en la LSE, George Akerlof, que fue una inspiración para mí, se quedó helado al descubrir en su clase a alguien que no sabía literalmente nada de economía. Me dijo que fuera a la biblioteca a por un libro –cualquier libro de economía– y buscara en las imágenes un diagrama –cualquier diagrama– de un mercado con una curva de demanda y una curva de oferta. Así lo hice. Me tropecé con un libro sobre recursos agotables (en vista de la crisis climática actual, ojalá lo hubiera leído más a fondo). No pude ir más allá del hecho de que el precio estaba en el eje vertical y la cantidad en el horizontal: me parecía que estaban al revés. Por eso fui a preguntar a mis nuevos amigos del máster por qué los ejes del precio y la cantidad estaban mal puestos y, más en general, qué demonios pasaba en un “mercado”. Como españoles que son, fueron en primer lugar muy educados, y en segundo lugar muy amables, pacientes y generosos

21 de septiembre de 2021

con su tiempo. Uno de los del contingente español era Rafael Repullo, que no solo se convirtió en un economista muy destacado en la profesión, sino también en el creador de una institución de investigación –y durante mucho tiempo quien la sostuvo– que sin duda es de las mejores de España: el Centro de Estudios Monetarios y Financieros de Madrid. El CEMFI es la joya más brillante del firmamento económico, en todo el mundo, y el mérito es enteramente de Rafael.

Por supuesto, ninguno de estos futuros triunfos se conocía cuando Rafael todavía era un estudiante de máster en la LSE que llevaba de la mano a otro alumno (yo). Rafael despuntó entre todos nosotros en los estudios –creo que obtuvo la despampanante nota media de más de 95% en todos sus trabajos– y sus investigaciones siguieron siendo tan deslumbrantes que la LSE lo ya lo había contratado como profesor titular antes de que terminara su doctorado; algo inaudito hoy en día. No solo tuve la enorme suerte de que Rafael tirara de mí a lo largo de mis estudios, sino también de que ambos colaboráramos más adelante, en el diseño de mecanismos económicos. Por entonces él ya había regresado a España para fundar el CEMFI, y gran parte de nuestra investigación la realizábamos en el edificio del banco central en Madrid, o, más a menudo, zampando aguacate con piñones en nuestro bar favorito de los alrededores. Fue una época maravillosa. Espero que el trabajo que hicimos entonces haya resistido el paso del tiempo y sea una digna muestra pública de nuestra amistad. Volver a España es volver a casa, académica y personalmente. Las buenas ideas sobre economía que haya podido tener se han cultivado en suelo español y se han nutrido de la cocina española.

La otra persona a la que me gustaría rendir un gran homenaje es mi compañero del premio de la Fundación BBVA, Nobuhiro Kiyotaki. Ya les he contado que Rafael me enseñó economía; más exactamente, me enseñó microeconomía. En aquel entonces, Rafael y yo –muy equivocados y, en mi caso, con escandalosa ignorancia– mirábamos más bien por encima del hombro a la macroeconomía. Y pasaron años hasta que me cayó la inmensa suerte de tener a Nobu en el despacho contiguo al mío en la LSE. Nobu, uno de los macroeconomistas más importantes del mundo, estaba en la LSE como profesor invitado. Hacia el final de su estancia allí, me quedé sin material para mi curso de temas de licenciatura y con todo descaro le pregunté si había escrito algo que yo pudiera dar en clase. Con gran modestia, me presentó su artículo con Randall Wright sobre el dinero: una obra maestra. A mis alumnos les encantó y a mí me encantó enseñarlo. Volví a dirigirme a Nobu para darle las gracias y le pregunté tímidamente si sabía de algún posible intento de integrar el crédito en su modelo. De aquel encuentro casual salieron treinta años de colaboración, que hoy culminan en este evento. Nobu me ha enseñado macroeconomía igual que Rafael me enseñó microeconomía: con el afecto que un padre sabio dedica a un hijo díscolo.

Sin David, Rafael y Nobu, no cabe duda de que no estaría hoy aquí. Probablemente habría vuelto al mantenimiento telefónico con el rabo entre las piernas, pese a la aprobación de mis padres.

XIII Edición
Premios Fundación BBVA Fronteras del Conocimiento
BBVA Foundation Frontiers of Knowledge Awards
13th Edition



www.premiosfronterasdelconocimiento.es

21 de septiembre de 2021